



En el Museo de Historia del Arte

Elsa Lira Gaiero | Maestra. Profesora de Expresión por el Lenguaje y Literatura Infantil. Docente en bibliotecas municipales y en el Museo de Historia del Arte. Escritora.

Hasta el año 2002 fui docente en el Museo de Historia del Arte de la Intendencia Municipal de Montevideo. Por lo general recibía grupos de liceales para hacer una recorrida comentada, pero también venían ocasionalmente, y eso me gustaba mucho, *grados escolares*.

Es un grupo de muy pequeñitos, 5 años, nivel inicial. Están a la puerta del Museo, esperando para entrar. Por supuesto, inquietos, conversadores, curiosos y expectantes.

Conminados a hacer silencio por parte de las maestras, recibidos por la guía con una sonrisa, entran por fin a ese ámbito desconocido.

Una escalera que desciende, una gran estatua al final (*¿está desnuda!*) y risitas nerviosas.

Frente al mural que reproduce la cueva de Lascaux entienden y disfrutan mucho ese arte primitivo, esos ciervos y bisontes coloridos y danzantes entre las piedras. Les cuento cómo fabricaban sus pinturas y sus pinceles, y cómo se ingeniaban para decorar hasta los muros más altos de la caverna.

En la sala principal hacen un silencio asombrado ante tantas esculturas desconocidas. Pero yo los llevo primero al mundo egipcio, y por supuesto, a ver la momia (*¿es de verdad?*). Quieren saber todo de ella, les cuento lo que dice en su sarcófago: se llamaba *Gran Isis*, era sacerdotisa del templo del dios *Min*, y era música, tocaba el sistro, no

sabemos de qué murió, pero era joven. Asombró y algo -no mucho- de miedo al mirarla, y sobre todo, muchas preguntas (*¿pero vivió, vivió de verdad?*).

Ahora los llevo unos metros más adelante, y los hago sentarse en el suelo, ante una pequeña estatua. Es un enanito. Se llamaba *Knum-Hotep*. ¿Cómo sabemos de él, si vivió más de 2.000 años a. C.? Y eso es muchísimo tiempo, les aclaro.

La historia la sabemos por un escrito aparecido en los muros de la tumba de un funcionario del faraón *Pepi II*, que fue rey de Egipto desde que era un niño pequeño y durante 94 años, hasta muy anciano. Y mientras fue niño, a *Pepi II* le gustaba, como a todos los niños, jugar. En un viaje a un país muy lejano a buscar tesoros, encontraron a *Knum-Hotep*, y le escribieron al rey contándole que le llevaban un enano para que juegue con él.

Más que el oro que traían sus buques, a *Pepi II* le entusiasmó tener un enano bailarín. Mandó una carta a quien lo traía, diciendo: “*Cuando suba a bordo contigo, escoge a dos hombres de confianza para que estén constantemente a su lado y no le dejen caer al agua. Que durante la noche duerman también dos hombres de confianza junto a él, en su tienda, y miren diez veces para ver si todo está en orden*”.

En el ala egipcia hay mucho para admirar y muchos motivos para luego ser recordados en dibujos: plantas, flores, animales, mujeres y hombres con vestidos y peinados muy coloridos. Se asombran cuando les digo que los egipcios se rapaban y se ponían adornadas y perfumadas pelucas.



Dejamos *Egipto* atrás y llegamos a *Mesopotamia* para admirar el friso de los arquesos con su juego rítmico de figuras y colores.

Y nos vamos a *Grecia*.

Otra vez se sientan, ahora en la sala del *Partenón* y les cuento brevemente la leyenda de la diosa *Atenea* y el dios *Poseidón*: “*Zeus, que era el rey de los dioses, prometió Atenas al dios que le diera a la ciudad el mayor bien. Poseidón, que era el dios del mar, salió del agua, clavó su tridente y brotó un manantial de agua salada. Atenea plantó un árbol de olivo, con este regalo ganó ante el tribunal de los dioses y quedó como protectora de la ciudad de Atenas*”.

Y los llevo ante *Atenea*, para que la conozcan.

Y por ahí ven alguien conocido para muchos, aunque no saben su nombre ni qué representa: es el *Discóbolo*. Y alguno trata de imitar sus movimientos, mientras observamos los músculos en tensión tan bien modelados en el mármol.

Otras esculturas atraen su atención: *Marte*, dios de la guerra, con el escudo y la lanza; *Hermes*, con alas en sus sandalias porque era el mensajero de los dioses; *Diana*, acompañada de un ciervo, era la diosa que protegía los bosques y los animales. Era cazadora, llevaba carcaj y flechas.

Ante cada obra nos detenemos y hablamos de ella, de su forma, su tamaño, el movimiento del cuerpo y de los pliegues de sus ropajes, de la expresión de sus rostros. Y luego escuchamos lo que ellos nos dicen al mirarlos.

Y por cierto que tienen mucho para decir. (¿Por qué casi todos están desnudos?).

Les atrae la figura de la niña con la paloma, y las pequeñas *Tanagras*.

Ya en el área romana, se sorprenden con el *Galo moribundo* y la gran figura de *Augusto* (¿este sí está vestido!).

Al *Coliseo* lo asocian de inmediato con un estadio de fútbol, asociación muy criteriosa y válida. Cuando les digo para qué se usaba en el mundo de los antiguos romanos, lo reconocen en seguida, por el cine y la TV. Saben muy bien quiénes son los gladiadores, pero tal vez nunca imaginaron que se traían de *África* y *Asia* tanta cantidad de animales salvajes y que se podía inundar su suelo para hacer batallas navales, y cubrirlo con un gran toldo cuando había mucho sol.

Se van del Museo. Hubiéramos querido que fuera un Museo más vivo, que les diéramos a tocar las piezas, que los incitáramos a reproducirlas de alguna forma, en fin, que la visita fuera “activa”.

Nos queda la esperanza que el pasar por sus puertas les traiga un recuerdo agradable y un deseo de volver.

Todo esto ha sido un brevísimo relato de una visita habitual con chiquitos de 5-6 años. En la realidad vimos más obras, hablamos más, escuchamos más, contestamos más preguntas, nos gratificamos más con sus caritas de asombro y con el bagaje de conocimientos que, en realidad, ya traían. 📺